

EL TARRACONENSE

Núm. 35 Trimestre..... Ptas. 1'50
Número suelto... » 0'10

Tarragona, 29 de septiembre de 1912

Redacción y Administración
S. Agustín, 23, entr.º

Año I

Duelo nacional

La familia Real española se encuentra en estos momentos sumida en honda pena. Bruscamente, inesperadamente, cuando todo era alegría y satisfacción en el hogar, iluminado por el amor y santificado por la virtud de los Infantes D.ª María Teresa y D. Fernando, la muerte ha batido sus negras alas sobre aquella feliz mansión, sembrando la amargura y el desconsuelo en la familia Real española, al arrebatar la existencia, en lo mejor de la vida, a la bondadosa dama que, en su breve peregrinación por este desierto, ha sabido inspirar a todos respeto y cariño.

Pocas veces habrá podido decirse con tanta razón como ahora que el duelo de la familia Real es duelo de la Nación, porque el carácter dulce y apacible de la Infanta, su afabilidad, su sencillez, su caridad, las virtudes todas que en ella resplandecían, habían hecho que la augusta señora fuese querida por todos y por todos respetada. La Infanta D.ª María Teresa era un modelo de mujer cristiana: modesta, cariñosa, caritativa, y el hermoso ejemplo que ofrecía su vida, atraía sobre ella las bendiciones de tantos desgraciados como recibían de su mano el socorro para las necesidades materiales, y de sus labios palabras de consuelo y de esperanza para las tribulaciones de su espíritu.

Por ello, la noticia, recibida en los primeros momentos con la incredulidad con que recibimos siempre lo que nos hiere en lo más íntimo de nuestros efectos, ha causado luego, al confirmarse, hondo duelo en todas partes, en todas las clases sociales y en todas partes, en los círculos aristocráticos como entre los elementos más humildes, se escuchaban sentidas frases, que revelaban la honda emoción y el sincero sentimiento que ha causado la repentina muerte de S. A.

Nosotros compartimos con toda el alma la pena de la familia Real, y enviamos con el testimonio de nuestro respeto la expresión de nuestra participación en su duelo, a S. M. la Reina D.ª Cristina, *Mater Dolorosa*, cuyas amarguras parecen no tener fin; a D. Alfonso XIII, que tan inmenso cariño profesaba a su difunta hermana; al Infante D. Fernando, que ha perdido irremplazable compañera; a los Príncipes de Baviera y a toda la Real familia.

Pecado de origen

No hemos de analizar por lo menudo el discurso con que el señor ministro de Gracia y Justicia inauguró el año judicial. El señor Arias de Miranda ha cumplido esa obligación ritual con la discreción y con la hombría de bien que son sus características, y no hay que tomar muy al pie de la letra los anuncios ni el programa contenidos en aquel documento, ya que la voluntad del ministro actual es lo que menos ha de influir en su realización ni en su aplazamiento.

Por esto ahora hemos de limitarnos al examen de un punto de aquel discurso, que siendo fundamental, porque afecta a la cuestión de conducta, nos pareció del mayor interés: aludimos a la responsabilidad judicial y a los modos de plantearla y de exigirla.

Acaricia el ministro la idea de crear un organismo que se cuide de eso especialmente; y sin entrar en más detalles, no bastará el recuerdo de actos de este mismo Gobierno, para desconfiar en absoluto de sus propósitos? Porque venir el Gobierno que ha propuesto a las Cortes la supresión de la inspección de Tribunales, y que ha jubilado a las más respetables figuras del Tribunal Supremo de Justicia, a mostrársenos preocupadísimo con la creación de un organismo que le ayude, aun en los casos más extremos, a velar por el prestigio de la funciones de justicia, no es una invitación irresistible a la ironía y a la suspicacia?

El Sr. Canalejas tendrá siempre en el *Debe* de su actuación como gobernante el daño que, contra su voluntad sin duda,

causara al prestigio de la Administración de justicia, dándose en su tiempo por primera vez el caso de utilizarse los más extremos recursos contra Salas del Supremo, y ese daño será difícilmente remediable para el que lo ha producido, singularmente al confiar él su sucesión en la cartera de Gracia y Justicia a una persona respetabilísima, pero que no puede ser considerada más que como un satélite del Sr. Canalejas, en el sentido de que no tiene otra luz ni otra vida que las que de él recibe.

Precisamente cuando para la cartera de Gracia y Justicia se debía echar mano del hombre que más apartado pudiera parecer de la influencia del Sr. Canalejas, el de condiciones de carácter más refractarias a su influjo, el de mayor autoridad personal, el señor presidente del Consejo de ministros echó mano de su cordialísimo amigo el Sr. Arias de Miranda, como si se hubiera arrepentido en el camino de la resolución plausible de dejar aquella cartera, como un homenaje a la opinión que tanto le censurara por su conducta al frente de ella.

Pues nosotros creemos que cuando se han hecho esas cosas, cuando se han cometido esos errores o se han padecido esas ofuscaciones, no hay derecho para esperar el concurso de la general confianza para obra tan delicada como la que en el comienzo de su discurso anunciara el ministro de Gracia y Justicia.

Fiesta escolar

Dejad que os cuente lo que yo he visto. Era una alegre mañana del último día oficial de fiestas y en la plaza de la Cons, titución estaban congregados gran número de pequeños escolares, el contingente todo de nuestras escuelas municipales, que esperaban el momento de ir a recoger un modesto obsequio ofrecido por el Ayuntamiento a cambio de que se presenciasen a ser un número del programa de festejos.

Más a este espectáculo, que se le engalanaba con los mejores atavíos de guardarrropía, acuden los pequeñuelos sin que puedan darse cuenta ni remotamente de que son objeto de exhibición, motivo decorativo que viste bien y aparenta aun mejor que la municipalidad se preocupa de la educación de sus ciudadanos embrionarios; mientras éstos, en cambio, experimentan con tal motivo emociones interesantes por los preparativos a que dan lugar las fiestas infantiles, trabajando con entusiasmo durante algún tiempo ante la perspectiva del juguete, del libro, del saldo de quincallería que se les anuncia y esperan con avidez llegue el ansiado momento de la suprema posesión.

De todos modos, no será éste el más llamativo de los festejos, pero sí el más culto, el más conmovedor y el que encierra en sí más importancia.

A mí me satisface siempre ver la alegría de esos niños que adornados con sus mejores trajes y con la sonrisa en los labios, reveladora del regocijo que sienten en el fondo de su alma, se congregan en una fecha, atropelladamente determinada, para recibir una pequeña manifestación de aprecio, un libro, un juguete, que ellos estiman grandemente y por unos días les mantiene viva la ilusión de que es fruto recogido del árbol del trabajo escolar que han venido cultivando amorosamente durante todo un curso.

Día de regocijo para todos: para los niños, para los padres y maestros y para las personas de rectitud, que consideran en justicia que en la masa informe de esos inconcientes pequeñuelos está encerrado y lacrado el porvenir de nuestra patria, que será mejor o peor según sea la bondad de la educación que se les dé.

Las satisfacciones todas de la vida, la realización de nuestros deseos, exigen para su logro grandes y continuados esfuerzos; y así como hay que disputar a las olas esas perlas que se hallan en el fondo del mar y que después coronan la frente de la hermosa, también tenemos que luchar en el mar de la ignorancia

que obscurece el entendimiento del hombre, para que ilumine su frente la clarísima luz de la ciencia, y llegue a adquirir el más exacto conocimiento de la realidad de las cosas.

En esa magna empresa hemos de cooperar todos: padres, ciudadanos y maestros. El padre por deber; el ciudadano porque la sociedad se lo demanda, ley maestro por exigencia de la vocación que abrazó. El padre que estima cumplida su misión mandando sus hijos a la escuela sin preocuparse de la marcha de sus labores en la misma, incurre en una tremenda equivocación: el padre que de veras se preocupa de la educación de sus hijos está en constante relación con el maestro, y obra de acuerdo con él predicando en el seno de la familia con el ejemplo, que es el mejor y más grande maestro de la vida. Los hijos serán respetuosos, si empieza el padre por respetarles; serán veraces, si el padre jamás miente ante ellos; serán activos si se les asocia al trabajo del padre y éste practica la laboriosidad; serán pudorosos y austeros, si tienen en su propia casa el modelo del pudor y la austeridad con la conducta digna, severa e intachable del padre.

Nuestros hijos serán muy *nuestros* educándolos nosotros mismos con la cooperación de un buen maestro.

El ciudadano ha de intervenir en la educación de la población escolar por mediación de su cabeza visible el Municipio, aparte de lo que buenamente pueda hacer de por sí individualmente. Tomarse interés por las cosas de educación, y especialmente de cuanto hace referencia a la instrucción primaria, única a que pueden aspirar en general los hijos del modesto artista y del humilde artesano, acusa en el que tal hace una alteza de miras, y un sentimiento de fraternidad y amor al prójimo que le hacen merecedor de las más grandes recompensas.

¡Y el maestro! El maestro tiene en su poder el tesoro más precioso y sagrado que la sociedad podía confiar a su celo, abnegación y sacrificio; tiene en su mano a la infancia, a esa legión de inocentes que han de ser en época bien cercana, luchadores de la vida. Cuanto hacen en beneficio de esas nacientes inteligencias ha de redundar en provecho de la patria; el inculcar el bien a los tiernos corazones es laborar por el bien de la humanidad.

Hay que alentar al maestro para que no desmaye en la obra redentora de educación nacional que realiza; hay que decirle: «¡adelante! que aunque vivamos en época de controversias, de inquietudes y de análisis; aunque la sociedad no os otorgue todo el galardón que vuestro noble ejercicio reclama y merece, para que no se nublen vuestros ideales, vuestras ilusiones, pensad que hay un refugio seguro de paz para vosotros los buenos, los honrados, los laboriosos, donde encuentra el alma grandes satisfacciones, y este santuario bendito no es otro que el de la propia conciencia, cuando con ella se goza en el bien realizado y cumplido».

Y esto es todo lo que vi, porque del acto, de la materialidad del festejo no pude ver nada. El portero de la casa comunal me privó el paso por la escalera de las grandes solemnidades, porque no era ni maestro ni discípulo. Igualmente hizo retroceder a muchas madres que afanosas querían presenciar el risueño espectáculo.

Intenté penetrar en el salón de sesiones por la escalera de servicio y otro ordenanza me hizo saber que estaba terminantemente prohibida la entrada.

Proceda de quien quiera la orden, protestamos de que tan severa e injustamente se nos haya privado de un goce del alma.

C. OLIVA Y TODA.

Exposición del Círculo Artístico

La página artística de nuestro colega barcelonés *La Veu de Catalunya*, del 26 de este mes, publica en lugar preferente

y firmado por el excelente crítico de arte D. Joaquín Folch y Torres un notable artículo en el que se tratan cuestiones artísticas que afectan directamente a nuestra ciudad.

Sin perjuicio de publicar en uno de nuestros próximos números lo que se refiere al abandono en que se tiene la hermosa iglesia románica de Nuestra Señora del Milagro, entresacamos hoy y traducimos lo referente a la exposición de nuestro Círculo Artístico, por considerarlo de más latente actualidad, en la seguridad de que ha de interesar a nuestros lectores.

Dice *La Veu de Catalunya*:

«Galantemente invitados por el «Círculo Artístico» de Tarragona, visitamos el pasado sábado la Exposición Regional de Arte que esta entidad acaba de organizar, con no pocos esfuerzos, ofreciendo a los ojos de los numerosos visitantes un conjunto de obras interesantísimas, entre las cuales figuran las de los más sobresalientes artistas de nuestro actual momento.

Para los que no vivimos en Tarragona y no nos es dado ver la bella manifestación de Arte allí realizada, la exposición del Círculo, aparte de su valor intrínseco de cosa de arte, toma un valor altamente significativo en el movimiento general de resurgimiento artístico que se nota por todo Cataluña. Las cosas de la belleza, que no hace mucho tiempo eran patrimonio de pequeños grupos selectos, de artistas y escasos *amateurs*, han pasado a ser de todo el pueblo; y aquella concentración de la capital se ha extendido en vivas y vigorosas corrientes, no ya hacia las ciudades de la importancia de la dorada Tarragona, o de la pálida Lérida, o de Reus, la activísima, sino en pueblos y villas de más humilde condición, donde la visión de la belleza ha encontrado públicos numerosos y entusiasmos del todo inesperados.

Para nosotros, que escribimos estas líneas desde Barcelona, volviendo de la excursión artística por la ciudad hermana, lo que más nos interesa y lo que, en efecto, debe preferentemente ocupar nuestra atención, no son las pinturas o esculturas expuestas en sí, sino la viva significación del acto, el esfuerzo de unos cuantos entusiastas que, contando con medios modestísimos, y descontando una promesa de subvención municipal, han ofrecido a la ciudad nobilísima un espectáculo de Belleza, invitando a todos a verla, desde los representantes del Municipio y de la Diputación con todas las autoridades, hasta los niños de las escuelas y de las casas de beneficencia, que estos días con los ojos abiertos delante las telas habrán admirado un espectáculo nuevo y desconocido y habrán experimentado las primeras sensaciones del gozo en el mirar y del placer estético.

Es de sentir, ciertamente, que la Corporación municipal de Tarragona, con su acostumbrado esplendor y su reconocido amor por las manifestaciones de cultura no ha dudado ennoblecer el programa de sus fiestas en honor de la Patrona de la ciudad, la venerada santa Tecla, no haya patrocinado el esfuerzo de estos tarraconenses, fundadores del Círculo, esforzados iniciadores de una nueva era de amor y de respeto por las cosas de arte, que, sin duda, ha de aportar días de gloria a su antigua nobleza. Es una lástima, ciertamente, que la escasez de medios de los hijos de Tarragona, haya servido para revestir con elegancias pasajeras otras manifestaciones del programa de fiestas, dejando por tanto deslucido lo que verdaderamente es genuino de Tarragona, lo que es virtuosamente hijo de los esfuerzos de los ciudadanos.

Porque la cultura natural de un pueblo no la reconoceremos nunca por las manifestaciones que en una forma u otra acuden allí de fuera, por esplendorosas que sean, sino por medio de aquellas que siendo más modestas sean hijas genuinas de la fuerza propia de las ciudades. tanto es así que fuerza propia del núcleo del Círculo Artístico de Tarragona es también la afluencia de artistas forasteros cuyo concurso han logrado.

Decimos todo esto, porque para el visitante es triste y penosa la confluencia de dos exposiciones de pinturas en Tarragona, en estos mismos días.

Dos exposiciones de pintura en el seno de una ciudad, son demasiado, ciertamente, para que las dos puedan reunir aquel valor sustancial que debe buscarse en estas manifestaciones... No son en estos instantes, para la ciudad de Tarragona, los cuadros lo de más interés, sino lo que la presencia de ellos represente, lo que reunidos hay en ellos de valor positivo, de fuerza e intención propia del núcleo ciudadano en reunirlos.

El caso es delicado y el tratarlo más delicado aun; pero, no por eso nosotros hemos de dejar de tratarlo, lejos de toda pasión localista y de toda personal animadversión, advirtiendo al comenzar, que todo lo que queremos decir, lo decimos, sin dejar nada por decir, con la sola intención de procurar que estos esfuerzos se encaminen en provecho del Arte y de la consolidación positiva de los valores espirituales que cada ciudad posee.

Y se comprenderá nuestra intervención en este caso, porque nosotros, por la salvación y el progreso espiritual de Cataluña confiamos más en las cosas humildes y sustantivas, que en las magnificencias artificiales. Y siendo este nuestro criterio, delante el caso de las dos exposiciones de Tarragona, debíamos inmediatamente inclinarnos por la tarraconense, pues la otra, por muy esplendorosa que resulte, (no la hemos visto), no viene a decir nada para Tarragona, nada en absoluto, no nos habla de ninguna fuerza de ella, sino simplemente de una entidad barcelonesa que reuniendo las obras de sus socios y contando con una subvención de allí, ha ido a enseñar una serie de cuadros.

Un pueblo que organiza una exposición, ciertamente, tiene más importancia que aquel a quien se la dan hecha. El primero es una capital, el segundo es una colonia, una provincia, un mercado de exportación. Los caracteres esenciales de la cuestión son estos, y estos caracteres no quedan destruidos aunque se diga que en la exposición tarraconense figuran obras de forasteros, puesto que eso, al contrario de lo que superficialmente pueda creerse, revela un poder de atracción, una esfera de influencia por parte del núcleo organizador, que aun viene a robustecer su personalidad.

Barcelona, que organiza sus exposiciones internacionales llama a todos los de fuera; pero sus exposiciones son hechas por Barcelona, y los artistas van allí porque Barcelona se lo pide. Así el Círculo Tarraconense con la suya.

Y esto es precisamente lo que tiene valor; y tiene valor aun en el caso de que la exposición importada fuese mejor que la local; que importadas eran las magnificencias de Roma en nuestras villas y, no obstante, para la historia del yo nacional, para el enrobustecimiento de nuestra personalidad, para el valor real de lo que somos y hemos sido, es más interesante el vaso netítico toscamente decorado por los indígenas, que las suntuosidades oficiales que la esplendorosa Roma esparcía por sus colonias.

Precisa que en este momento de resurgimiento artístico los pueblos de Cataluña tengan presente lo que venimos diciendo. En todas las manifestaciones han de ser ellos. De lo contrario, todo cuanto hagan, no representará nada, no tendrá ningún valor por esplendoroso que sea.

Y a los Ayuntamientos que, siguiendo el ejemplo del de la nobilísima Tarragona estén como deben estar, dispuestos a patrocinar esta clase de manifestaciones, ha de hacerseles ver que su apoyo, para que sea fecundo, para que sea de resultados positivos para la prosperidad de las poblaciones que rigen, es preciso enderezarlo hacia lo que nace del propio pueblo, por humilde, por modesto que sea. Dejar de obrar así, será dejarse engañar por el esplendor, dejando a un tiempo perder las semillas de positiva substancia local, que son al fin y a la postre las que han de determinar su suerte.

